

# PRESENTACIÓN

## *Presentation*

AGUSTÍN ESCOLANO BENITO  
*Universidad de Valladolid*

LOS HISTORIADORES somos un poco ritualistas con los tiempos, y un veinticinco cumpleaños, como el que alcanza en este caso nuestra publicación, no lo dejamos pasar por alto. En registrarlo y darle notoriedad está seguramente en juego, al menos en parte, nuestra propia identidad corporativa y su proyección pública. Recordar hechos es incluso un modo de ejemplificar y legitimar nuestro oficio, en tanto que la práctica de nuestra actividad profesional estriba justamente en reconstruir crónicas y relatos, acudir a archivos sustentados en órdenes que se codifican en claves temporales, interpretar hechos, representaciones y discursos a partir de registros cifrados con dataciones, y relatar procesos reales o tramas de imaginarios contando historias. Nuestras preguntas están sin duda urgidas y marcadas por el futuro, que también es una categoría del tiempo, pero esta prospección la efectuamos siempre desde la memoria de lo que constituye nuestra genealogía y nuestra tradición. Tratar con las estructuras y juegos del tiempo, digamos, forma parte del *habitus* atribuido a nuestro rol.

Los historiadores pertenecemos, además, a una de esas comunidades intelectuales que construyen sentido siguiendo un modo de explicación narrativo, como decía Bruner, y que buscamos asimismo en el relato de la memoria de nuestro pasado como grupo los significados esenciales de lo que venimos haciendo. Estamos persuadidos incluso de que la historia de la historiografía no es sólo una actividad notarial o ritual ejercida para dar cuenta de lo que hemos hecho, o para la justificación de un determinado *ethos* societario, sino una tarea que genera por sí misma conocimiento y comprensión, es decir, orientación y significado. Por eso precisamente esta reflexión reconstructiva de nuestro inmediato pasado profesional que ahora promovemos es una acción no sólo necesaria sino también útil en su más amplia y profunda consideración.

Se ha hablado del futuro de la memoria y de la memoria del futuro. El sentido del futuro, o las representaciones con que lo imaginamos, prolonga a veces algunas perspectivas que son en parte derivadas condicionadas por procesos históricos. En otras ocasiones, la *poiesis* parece en sí misma una creación de sentido que, aunque nueva, está virtualmente incoada en las determinaciones temporales de la experiencia humana, es decir, en la cultura histórica a la que pertenecemos y que compartimos con nuestros pares bajo la forma de tradición. Por todas estas razones, adoptarnos

a nosotros mismos como objeto de conocimiento y reflexión es casi una necesidad adherida a nuestra propia condición de narradores y una responsabilidad enmarcada en las reglas de convivencia, no siempre expresadas y visibles, que rigen en la comunidad científica a la que nos adscribimos.

Buscar el sentido de las prácticas en que se materializan los contenidos vertidos en la revista interuniversitaria *Historia de la Educación*, así como de los métodos y discursos subyacentes en ellas, es una investigación necesaria para garantizar un nivel de reflexividad adecuado a las exigencias de una conveniente educación histórica de los historiadores, esto es, a la autoaplicación de la ética del pensar históricamente, aquel mandamiento que propuso hace bastantes años en otro contexto Pierre Vilar, al que se alude a menudo en diversos foros para llamar la atención de quienes no son historiadores acerca del valor y el interés del conocimiento del pasado de nuestras sociedades y culturas en la orientación de los asuntos humanos, aunque no siempre se traslade a la lógica y a la moral gremial de los profesionales y colectivos que construyen la historiografía.

El examen crítico del conocimiento histórico producido y comunicado, y de la función que este acervo desempeña en el mundo cultural y en el mundo de la vida, podríamos abordarlo nosotros mismos como un programa de autoevaluación formativa. No hago esta afirmación para intentar pedagogizar la actividad que desarrollamos y nuestra conciencia profesional, sino para enfatizar la necesidad de introducir un más alto grado de reflexividad en lo que hacemos y para ponderar el valor añadido que esta meditación histórica de segundo grado, que constituye un verdadero programa hermenéutico, supondría en la interpretación de la actividad intelectual y académica que vamos desempeñando y de su función en las instituciones y en la misma sociedad, así como en la constitución crítica de nuestra propia comunidad de investigadores y docentes.

En el cuarto de siglo que tiene de recorrido la revista *Historia de la Educación* nuestra publicación ha sido un espejo de los intereses de los historiadores de la educación y de las expectativas sociales a que se ordenaron estas motivaciones. Los temas sobre los que se ha fijado la mirada y la escritura pueden llegar a formalizar una representación de la interrelación entre la cultura académica del sector y los requerimientos empíricos del contexto en se producen y difunden. La revista también ha sido un medio de expresión de las sensibilidades culturales, de los temas que han dominado en el campo y de las orientaciones teóricas y metodológicas que han ido informando a lo largo de un cuarto de siglo las prácticas de investigación de los historiadores.

Cualquier analista podría fácilmente percibir algunos caracteres transversales bien patentes en los miles de páginas en que se ha materializado su escritura: la impronta refleja de las orientaciones dominantes en las últimas generaciones de *Annales*; los residuos del historicismo/positivismo, criticado a veces pero también practicado; algunas persistencias asociadas a paradigmas teóricos del pensamiento fuerte del pasado; las modas que trajeron la historia social y la sociología histórica; el ensayismo genealógico a lo Foucault; las pautas de la nueva historia cultural; la etnohistoria ... De todo ello hay ejemplos en los textos que nos representan (los impresos son también representaciones de escrituras personales y colectivas), de suerte que no deberíamos dudar en reconocer que la escritura de la historia de la educación que hemos venido practicando, tal como aparece representada, conforma un panorama bastante abierto y ecléctico que ha permitido una gran libertad

académica y una producción muy plural en temáticas, contextos sociales, ámbitos territoriales y diferencias epistémicas y metodológicas. Y asimismo deberíamos señalar que la comunidad de lectores en que ha circulado la publicación ha digerido bien este pluralismo y hasta lo ha asumido como valor positivo.

La anterior conclusión puede ser incluso saludable por cuanto expresa falta de dogmatismo, amplia liberalidad y rica diversidad. También connota armonía, toda vez que ha permitido, bajo la fórmula de cooperación interuniversitaria con que se ha gestionado, la cohabitación de actitudes, valoraciones y prácticas diferentes que han contribuido a lograr un alto grado de cohesión entre las personas que pertenecemos a la amplia comunidad científica de los historiadores de la educación y de la Sociedad a la que nuestra revista se adscribe como órgano de expresión. Quiero pensar, en este sentido, que *Historia de la Educación* ha sido un buen instrumento de democracia cultural en una coyuntura de cambio como la que ha vivido la sociedad y la universidad en España.

No obstante lo anterior, la revista, que es por supuesto un programa abierto, tiene que ser repensada, sobre todo en lo que se refiere a las posibles nuevas temáticas y orientaciones y a las formas de comunicación con los autores y las audiencias que intervienen en su espacio de comunicación. Tales cuestiones afectan asimismo a las estrategias de publicidad y acreditación que rigen hoy en las redes por las que circula el conocimiento. No es exigible pues esta aconsejable reflexividad porque *Historia de la Educación* haya cumplido una determinada edad, sino porque en verdad nuestra publicación necesita y está en condiciones de hacer balance y de abrirse a nuevas perspectivas. En lo temático puede propiciar el abordaje de algunos campos disciplinarios poco cultivados entre nosotros, lo que afecta principalmente a la sección de monografías. A este respecto, la parte monográfica de este número quiere ser una cierta avanzadilla en la medida en que ha querido abordar algunos temas innovadores. En lo técnico, la publicación ha de modernizarse en su periodización y métodos de comunicación con sus autores y lectores, incluidos los modos que derivan de las posibilidades que las nuevas tecnologías ofrecen.

La revista, a medida que se ha ido abriendo paso en los círculos académicos nacionales e internacionales, se ha afirmado como un órgano de comunicación científica de la comunidad que se aglutina en torno a la Sociedad Española de Historia de la Educación, principalmente, aunque no sólo. También ha ido conectándose a los entornos europeo e iberoamericano con los que mantenemos cada vez más numerosos y fecundos contactos. Ello ha contribuido sin duda a afianzar el prestigio que nuestra publicación ha alcanzado en los medios más solventes de nuestra especialidad. Y en este logro creo, finalmente, que es justo reconocer y agradecer el papel que la Universidad de Salamanca y su acreditado Secretariado de Publicaciones e Intercambio Científico han desempeñado a lo largo de este ciclo histórico de larga duración.

Plinio el Joven consideraba dichosos a quienes les ha sido dado el obrar cosas dignas de escribirse, o el escribir cosas dignas de leerse, o simplemente ensanchar su vida leyendo lo que los otros escriben, y dichosísimos a los que podían hacer todas esas cosas. Que el nuevo ciclo, cualquiera que sea la duración con que cada uno podamos vivirlo, nos permita acercarnos a estos deseos desde la memoria de lo que ya hemos construido.